

y, sin embargo, nada más erróneo. Todo lo que rebasa el dominio de los sentidos y los límites de lo material, no es sobrenatural. Si así fuese, podrían también llamarse sobrenaturales las leyes matemáticas y filológicas.

Por eso la creencia en un Dios personal, en la inmortalidad del alma, en la recompensa del bien y en el castigo del mal, son ciertamente verdades sobrenaturales; ⁽¹⁾ pero, como hemos demostrado ya, ⁽²⁾ son ideas á las cuales el espíritu humano puede y debe elevarse por la consideración del mundo y de su propia vida.

Tal es la razón por la cual se habla con toda exactitud de una religión natural y de una moral natural. Todos los hombres pueden llegar á conocerlas, todos deben practicarlas, todos serán juzgados según sus leyes, aun los que no han oído nunca hablar de la Revelación del Hijo de Dios. La razón humana basta para esto. Si alguno quiere hacer creer que no lo encuentra en sí ni fuera de sí, ó no dice la verdad, ú omite, por inexcusable negligencia, el primero de sus deberes, el de hacer uso de su razón.

Sin duda, la Revelación ha inculcado de nuevo estas doctrinas por mediación de Jesucristo, pero esto no ha ocurrido porque los hombres fuesen incapaces de descubrirlas por sí mismos; el hecho se ha producido por pura misericordia divina, para disipar los numerosos errores con que las había desfigurado el corazón humano corrompido, y para tender una mano auxiliadora á los que carecen de tiempo y valor para investigar por sí mismos la verdad.

Otra cosa ocurre con esas partes esenciales de la religión cristiana que Dios no comenzó por manifestar en la naturaleza, sino que se reservó en su interior hasta el momento en que juzgó conveniente proclamarlas á la humanidad por su único Hijo. Estas doctrinas, como, por ejemplo, las concerniente á su vida interior en la unidad de naturaleza y trinidad de personas, á la encarnación del Hijo

(1) Sap., XIII, 1 y sig. Rom., I, 18 y sig.; II, 14 y sig.

(2) *Apol.*, 1.^a parte, *Conf.*, II, IV y sig.

de Dios, á la gracia y á la filiación divinas, á la felicidad eterna en la vecindad inmediata de Dios y á la participación en la glorificación del Hijo de Dios, son puros misterios. ⁽¹⁾ Son éstas verdades sobrenaturales en el sentido propio de la palabra.

Pues bien, los deberes y virtudes que debemos practicar, si queremos vivir de conformidad con estas doctrinas y llegar á este fin sobrenatural, constituyen la idea que debemos formarnos de la vida sobrenatural, de la vida cristiana propiamente dicha.

7. El deber de la apologética consiste en hacer resaltar enérgicamente lo sobrenatural.—Exponer todo esto con toda la fidelidad posible y sin atenuación alguna, tal es la empresa del apologista cristiano.

Épocas ha habido en que espíritus superiores creyeron poder servir á la verdad limitando y atenuando el campo de lo sobrenatural, porque pensaban hacer aceptar la fe cristiana tratando de probar que, en el fondo, enseña pocas cosas de que no hable la religión natural, y no exige casi nada más que lo que los paganos practicaban. Semjante tendencia, cuyos principales representantes son Pascal, Huet, Malebranche y generalmente los cartesianos, y que todavía cuenta con partidarios, ha ocasionado grandes perjuicios á la buena causa, á despecho de obras brillantes y puras intenciones. Para lograr su objeto, dicha tendencia ha oscurecido las doctrinas más sublimes del Cristianismo, ó, por lo menos, no les ha prestado atención alguna, y aun ha llegado á transformarlas en doctrinas más ó menos naturales. Mas, al obrar así, ha despojado á nuestra Revelación de su gloria y aun de su derecho á la existencia. El éxito esperado no respondió á los sacrificios hechos, pues evidente es que muy pocos hombres podían resolverse á seguir una creencia que, como decían, no en-

(1) Cf. Aguirre, *Theologia S. Anselmi*, t. I, d. 8, 9. Ripalda, *De ente supernat.*, d. 10. Báñez, 1, q. 57, a. 5. Alvarez, *De auxili.*, d. 51, 16; 118, 19. Tournely, *Disp. prev.*, q. 1, a. 4, *concl.* 2. Denzinger, *Relig. Erkenntniss*, II, 87-150.

señaba ni pedía otro cosa que lo que ellos aceptarían desde luego, sin ella, como personas honradas.

¿Por qué también arrostrar los sacrificios y deberes de una vida ligada á semejante creencia, si la diferencia que de ella los separaba era tan insignificante? Mas el corto número de los que la aceptaron acabó por darse cuenta, con gran sorpresa por su parte, de que exigía aún más de lo que se les había dicho, y entonces unos, los más, como Gioberti y Lamennais, Schleiermacher y Schenkel, quisieron dominarla por la violencia, en tanto que otros, como Bayle, Tindal, Gibbon, Rousseau, le volvieron la espalda dominados por el más profundo descontento.

El Concilio Vaticano ha puesto término á todas estas tendencias. Éste ha hecho una incisión tan grande en la llaga que corroe actualmente al corazón humano y en la medianía del espíritu, que nunca se cicatrizará. De aquí la saludable crisis que esta operación ha producido. Debe ahora la ciencia seguir con todas sus fuerzas el impulso, dado por él, y si hay una rama de la Teología que deba aprovecharse de semejante impulso, es particularmente la apologética. Lo sobrenatural no asusta á ninguno de los que aspiran sinceramente á fines más elevados de los que el mundo puede ofrecer, del mismo modo que ninguna de las víctimas del error se separa de la autoridad de la Iglesia y de la infalibilidad del Papa.

8. La tarea de la vida cristiana consiste en realizar la unión completa entre el hombre y el cristiano.— Debe empezarse por decir á todo el que quiera ser cristiano que ha de entregarse por completo á Dios, en espíritu y corazón, para que después nadie pueda quejarse de haber sido engañado.

Este punto es precisamente, entre los cuatro que hemos expuesto más arriba, el que ofrece mayor dificultad, puesto que, no sólo lo desconocen casi siempre los adversarios de lo sobrenatural, sino que tampoco es muy claro aun para gran número de los nuestros. ¿Qué significa, pues, llevar una vida sobrenatural? ¿Es ésta acaso una vida que

nada tiene de común con la naturaleza? ¿Nos permite el Cristianismo, ó llega á indicarnos tan sólo, los medios de pasar por alto las obligaciones humanas, la justicia natural, las exigencias de las relaciones ordinarias entre los hombres y los deberes que impone la vocación de cada uno aquí bajo? ¿Exige de nosotros que, como prudentes estoicos, hipócritas budistas, perfectos jansenistas y quietistas y devotos puritanos, nos elevemos por encima de todas las debilidades humanas, nos hagamos inaccesibles á la compasión, insensibles al dolor, indiferentes á todo lo que el mundo contiene de noble y hermoso, hostiles ó insensibles á los usos de la cultura exterior y á las formas distinguidas en las relaciones?

De vez en cuando encontramos entre nosotros quienes, aunque en su interior no sean partidarios de una ó de otra de estas opiniones, parece, sin embargo, que las profesan con su conducta, lo que no deja de perjudicar gravemente á nuestra causa. Un solo ejemplo de esta especie basta al mundo para que le sirva de fundamento á uno de sus juicios predilectos, ya que nada le es tan agradable como afirmar que el espíritu cristiano hace al hombre impropio para la vida del mundo, que el Cristianismo y la civilización humana son dos extremos inconciliables entre sí.

No comprendemos esta predilección. Si así fuese en realidad, lo sobrenatural estaría juzgado. Por eso se aprovechan con júbilo de cada incidente aislado y se hace de cada mosca un elefante para arraigar en los corazones, todavía más de lo que está, semejante prejuicio. En realidad, dicen, el Cristianismo permite la participación en las alegrías culpables del mundo, con tal que se dé también al cielo la parte que le corresponde. Según esta severa doctrina, todos los nobles ideales, el honor, el amor, la gloria, la actividad oportuna, deben ser considerados como obstáculos á la pura devoción, y, por consiguiente, pisoteados. De aquí que nadie se asombre de la contradicción y de la hipocresía, en una palabra, de la división que el carácter cristiano lleva siempre en sí mismo, siendo todo ello resultado de los esfuerzos

que hace para unir cosas inconciliables, á saber, lo natural y lo sobrenatural. ⁽¹⁾ Completamente natural es esa especie de desprecio que se nota en el cristiano relativamente á sus obligaciones terrenales. Jamás lo que es bueno y lo que el bien exige puede inquietarle, propiamente hablando, porque quien se lisonjea de poseer una línea de conducta más elevada proveniente del cielo, ¿cómo podría ocuparse en cosas humanas? ⁽²⁾

No negamos que haya habido tendencias erróneas capaces de justificar estos reproches, pero quien lleva en el fondo de su corazón la verdadera fe cristiana, apostólica y católica, sabe que esta fe le impone, como primera obligación, la de unir el pensamiento y la acción, la fe y la vida, lo natural y lo sobrenatural. Puede pecar contra este deber por debilidad humana, pero esto no es culpa de la fe. Por lo contrario, ésta, mientras haya arraigado en él, le recordará constantemente esta doctrina en medio de sus extravíos.

Por sus grandes cualidades, Gonzalo Pizarro el Joven se había dejado arrastrar á convertirse en traidor á su patria y á su rey, pero, con su justicia y sus talentos militares, Pedro de la Gasca, ese modelo de héroes, de hombres de Estado y de sacerdotes, venció al gran general. «¿Qué nos resta ahora?»—decía Pizarro á su amigo Acosta cuando todo estaba perdido.—«Lanzarnos contra el enemigo y morir como romanos»—le respondió éste.—«¡No!—replicó el rebelde, acordándose á tiempo de su fe;—más valdrá que muramos como cristianos». ⁽³⁾ Rindióse y murió sobre el cadalso, no con la muerte del héroe, de la que no era digno, sino con la de un cristiano penitente, con la muerte que la justicia natural y la religión sobrenatural le imponían como deber. Si hubiese procurado morir como un romano, hubiese muerto como traidor á su patria, y, por

(1) Julián Schmidt, *Geschichte der Romantik*, I, 25, 44, 80.

(2) Wattenbach, *Deutschlands Geschichtsquellen*, (3) II, 76.

(3) Prescott, *History of the conquest of Peru*, 5, 3 (París, 1847, II, 352). *Allgemeine Historie der Reisen zu Wasser und zu Land*. Leipzig, 1757, XV, 237.

consiguiente, ni como cristiano ni como hombre. Al aceptar la ignominia de morir en el cadalso, obró por motivos cristianos, obedeciendo á su fe, pero murió al mismo tiempo para expiar su crimen, para satisfacer á la justicia, y, por consiguiente, por Dios, cuya ley había violado, y por su patria, á la que había perjudicado. Al preferir la muerte como cristiano, murió, pues, no sólo como cristiano, sino también como romano.

Con semejante resolución, que, evidentemente, fué un esfuerzo heroico para tan gran corazón, rindió un magnífico homenaje á nuestra fe, y recomendó una doctrina que deberemos acentuar todavía á menudo en el curso de esta obra, á causa de su importancia.

No hay dos verdades, dice esta gran doctrina; no hay dos vidas, ni dos mundos, ni dos fines. El Dios que, como Creador, nos ha creado para sí, es el mismo que el que, en la Redención, nos ha llamado, por su Hijo, á la participación de su gloria. Pero, al conducirnos á la vida sobrenatural, no nos ha obligado á renunciar á la vida natural, y al imponernos los deberes de cristianos, no ha renunciado á ninguno de los derechos que tiene sobre nosotros como hombres. Luego si faltamos á nuestro fin sobrenatural, descartamos también nuestro fin natural. Si queremos alcanzar por completo nuestro fin natural, debemos esforzarnos por cumplir, en cuanto nos sea posible, nuestras obligaciones sobrenaturales; y si queremos alcanzar el fin sobrenatural, podemos conseguirlo únicamente á condición de cumplir también el último deber de la vida natural con los deberes sobrenaturales que el Cristianismo nos impone.

Mas esto no debe hacerse de un modo cualquiera, valga lo que valiere, obrando lo que agrada, y dando de lado á lo que nos desplace; sino que es preciso que todo ello haga una sola vida, un solo hombre completo y no dividido, así natural como sobrenaturalmente. El cristiano no debe cerrar los ojos á ninguno de sus derechos, á ninguno de sus deberes de hombre; el Cristianismo no debe omitir ninguna

obligación de la humanidad. Por lo contrario, la intención sobrenatural con que la ley cristiana quiere que cumplamos también con nuestras obligaciones naturales, nos pone en la necesidad de realizar éstas con mayor exactitud de lo que lo haríamos por consideraciones puramente humanas.

9. De hecho, en la historia, esta empresa ha sido realizada por la Iglesia; vemos particularmente la prueba en la historia de la civilización de la Edad Media.

—Sin embargo, admitimos de buen grado que esto no ha ocurrido ni ocurre como por arte de encantamiento, sin múltiples obstáculos y diversos desasosiegos. Esto es lo que ocurre á cada cristiano en particular, como á las comunidades cristianas y á la historia del Cristianismo en general.

No comprendemos porqué ha de hacerse de esto un reproche á nuestra religión; al contrario, nos servimos precisamente de ella como de prueba para demostrar la falta de solidez de los reproches más insípidos que un sombrío exceso de celo ha inventado contra el Cristianismo. Lo sobrenatural, se dice, no puede ser aceptado por los que aspiran á un ennoblecimiento armonioso y verdaderamente humano del hombre, porque ello tendría por consecuencia inevitable despojar al hombre de toda actividad propia y obligarle á esperar todo el éxito de parte de la gracia como de una magia secreta.

Al inquirir con tanta minuciosidad los más pequeños defectos de cada cristiano, estos adversarios prueban precisamente que este reproche carece de fundamento, ya que así confirman el hecho de que lo sobrenatural, no sólo no obra por modo mágico, sino que, antes bien, parece que obra por manera demasiado natural para nuestra impaciencia, al apoderarse del hombre por medios humanos, ⁽¹⁾ al suprimir con paciencia infinita, y no de golpe y porrazo, las debilidades de nuestra naturaleza, suponiéndolas primero y atenuándolas después, y, finalmente, vencéndolas tras largas y porfiadas luchas y purificaciones.

(1) Os., XI, 4.

Por esta razón no comprendemos tampoco porqué no habíamos de confesar abiertamente las faltas y defectos que la historia y la experiencia revelan á menudo en nosotros. Nuestra causa no ha llegado á tal grado de debilidad que no pueda soportar la verdad. El medio mejor de defenderla es proclamar resuelta, valerosamente y de buen grado lo que hemos encontrado de bueno en ella, y confesar con toda humildad y con sincero y firme propósito de enmienda lo que nos ha impedido corresponder á la alta empresa que nos ha confiado.

Con la gracia de Dios, permaneceremos siempre fieles á esta concepción sublime de la dignidad y del deber de la verdad, así en lo concerniente á un pasado más hermoso, como en lo relativo á un presente sombrío. Aunque confesemos con imparcialidad y decisión las debilidades humanas que van unidas á la historia del Cristianismo, no dejaremos de proclamar, y en mil tonos diferentes, que es una fuerza sobrenatural de Dios para la salvación de cuantos creen en él. ⁽¹⁾ Esa extraña tendencia de espíritu, que desde el Protestantismo se ha deslizado en nuestro ambiente por conducto del Jansenismo, y hace pesar todavía su influencia en ciertos medios, esa disposición malhumorada de espíritu, que busca siempre faltas y defectos en la historia de los tiempos cristianos, y que no se harta nunca de censurar las instituciones, leyes y doctrinas de la Iglesia, es signo evidente de que el corazón empieza á estar enfermo. En vista de tal encarnizamiento y de tal exageración, ¿cómo podremos curar á los que, sin esto, no creen ya en lo sobrenatural? Y luego, ¿no debemos temer descarriarnos, sin darnos cuenta de ello, en el espíritu del Humanismo, que juzga todos los acontecimientos por el prisma de su ciega admiración por la cultura profana, y que desconfía *a priori* de todo lo que huele á sobrenatural?

Hay que ser exigentes en lo que concierne á nuestra empresa, y severos con nosotros mismos en los juicios que formulemos; pero conviene también ponernos en guardia

(1) Rom., I, 16.

contra la tendencia á condenar todo lo que los enemigos de lo sobrenatural censuran en nuestra Iglesia y en la historia del Cristianismo; y del mismo modo es preciso no caer en la tentación de creer que podemos conquistar su aplauso superándolos en la censura y en la crítica.

No; la Iglesia no es sólo una escuela de hermosas doctrinas, sino también una comunidad sobrenatural, en la que verdades sublimes han encontrado y encontrarán siempre magnífica realización. Por eso, en lo que sigue, haremos un llamamiento, no sólo á los principios del Cristianismo, sino, con mucha frecuencia también, á los acontecimientos que han producido en la civilización.

Toda la historia de la Iglesia es un gran río de agua viva nunca cegado, que tomó su origen en el corazón del Salvador en el momento en que fué abierto por nosotros en la cruz. El agua que por él circula es agua sana, viva, sobrenatural. Allí donde esta agua penetra, todo lo cura y vivifica, y, en su curso, fecunda en todas direcciones fértiles árboles, que se renuevan á cada estación y producen hojas y frutos de salvación para las naciones; ⁽¹⁾ «pero fuera de sus riberas y en sus lagunas ó charcos, no serán salutíferas las aguas, y sólo servirán para salinas». ⁽²⁾ Sin duda es inevitable que de vez en cuando una corriente impura penetre en el gran río de salud, pero esto no lo corrompe ni lo separa de la fuente que le da origen, pues siempre, en tiempo oportuno, se despoja de las impurezas que no deben mezclarse con sus aguas. Tal es la impresión que uno experimenta, si con la historia en la mano, remonta de caída en caída, á través de la historia del tiempo, la corriente de la vida de la Iglesia hasta su fuente. Este es el camino que recorreremos con frecuencia.

Nos detendremos con predilección particular en la Edad Media, época en que ese torrente corre con majestad por medio de países poblados de ricas ciudades, embellecidos de soberbios castillos y de iglesias admirables. Ade-

(1) Apoc., XXII, 1 y sig. Ez., XLVII, 1 y sig.

(2) Ez., XLVII, 11.

más del natural interés histórico que la Edad Media inspira á todo el mundo, así á sus amigos como á sus enemigos, tenemos una razón especial para detenernos con preferencia en ésta época. Nada—podemos ciertamente afirmarlo—nos es menos conocido que esos tiempos cristianos que nos han precedido inmediatamente. Conocemos á la perfección el lenguaje que Júpiter hablaba á Juno y lo que pensaba Prometeo, pero vivimos en la más vergonzosa ignorancia, y llenos de prejuicios más vergonzosos aún, en lo referente á la fe y á la manera de vivir de nuestros padres. Esto se lo debemos á la Reforma, como también el que los hijos se avergüencen de sus antepasados, y aun insulten públicamente á sus padres y digan de ellos todo el mal posible. Pero ¿cuántos hay que hayan posado sus miradas sobre la época que se permiten juzgar? Se habla de la distanciaci3n que existe entre la vida y el pensamiento, de la separaci3n de la fe y la piedad, de la oposici3n incurable entre lo interior y lo exterior, entre la Escolástica y la Mística, entre la moral religiosa y la moral laica, y de todo lo que comprende esta tan conocida consigna: «la Reforma antes de la Reforma». ¿D3nde est3n las pruebas? ¿Qui3n ha estudiado la Edad Media, y qui3n ha encontrado la confirmaci3n de esto en los hombres de aquella época?

He aquí precisamente la raz3n de haber dado la preferencia, en la elecci3n de nuestros materiales, á los acontecimientos de que ha sido teatro la Edad Media y á las obras de toda especie, y principalmente de literatura profana, de esta época. No nos hubiese sido difícil citar á los Escolásticos y á los Padres, pero hemos querido llenar, en la medida de lo posible, una laguna en los conocimientos relativos á la historia de la civilizaci3n.

En la Edad Media, el clero cultivó esta literatura profana de un modo tan exagerado, que, á menudo, deberes importantes fueron víctimas de este exclusivismo; ⁽¹⁾ pero

(1) Hoffmann von Fallersleben, *Geschichte des deutschen Kirchenliedes*, (3) 75 y sig.